

Joseph Roth  
*Los cien días*

Traducción de Carmen Gauger

P A S O S   P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.  
Imagen de cubierta: : *L'empereur Napoleon Ier (1769-1821)  
devant Madrid le 3/12/1808*. Carle Vernet.  
Maquetación: Daniel F. Patricio

Título original: *Die Hundert Tage*

© de esta edición, 2016, Editorial Pasos Perdidos S.L.  
© de la traducción, Carmen Gauger

ISBN: 978-84-944769-1-4

Depósito legal: M-299-2016

Impreso por Estugraf impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## **Libro primero**

### ***El regreso del gran emperador***



Un sol rojo, pequeño y débil surgió entre la niebla. Al cabo de unos momentos desapareció de nuevo en el gris frío de la mañana. Despuntaba un día melancólico. Era el veinte de marzo, la víspera del comienzo de la primavera, pero aún no asomaba por ninguna parte. Llovía, el viento soplaba con fuerza en todo el país y la gente tenía frío.

La noche anterior también había llovido y había soplado un viento tempestuoso en París. Esa mañana los pájaros, tras un breve júbilo, enmudecieron de golpe. La niebla ascendía como humo punzante y helado entre las grietas del pavimento, volvía a humedecer las piedras que acababa de secar el viento de la mañana, y flotaba en torno a los sauces y los castaños de los parques y de las avenidas. Hacía temblar los primeros brotes demasiado atrevidos de los árboles; producía sacudidas bruscas en los lomos de los pacientes caballos de los coches de punto; y aplastaba contra la tierra el humo que trataba de subir por las chimeneas encendidas desde primera hora. Oía a leña quemada, a niebla, a lluvia, a ropa húmeda, a nubes que anunciaban nieve y granizo que no acababan de caer, a viento desapacible, a correajes mojados y a albañales de vapores pestilentes.

Sin embargo, los habitantes de París no aguantaban en sus casas. Apenas había amanecido y la gente ya se apiñaba en las calles. Se agolpaba ante las paredes en las que habían pegado hojas de periódicos con las palabras de despedida del rey de Francia. Eran periódicos casi ilegibles. Se diría que empapados de lágrimas, porque la lluvia nocturna había borrado

las letras recién impresas y había disuelto en algunos puntos la cola con la que estaban pegados a la piedra. De vez en cuando una ráfaga violenta de viento arrancaba una hoja de la pared y la arrojaba al barro negro de la calle. De esta manera las palabras de despedida del rey de Francia quedaban ignominiosamente destrozadas entre el lodo de la calle, bajo las ruedas de los carruajes y las pezuñas de los caballos, bajo las pisadas distraídas de los transeúntes.

Quienes todavía eran fieles al rey miraban esas hojas con añoranza y devoción. Hasta el cielo le era hostil. La lluvia y el huracán se empeñaban en aniquilar sus palabras de despedida. La noche anterior, en medio del viento y la lluvia, había abandonado su palacio y su corte. «¡No me apenéis aún más, hijos míos!», dijo cuando le pidieron de rodillas que se quedara. No podía quedarse, el cielo estaba contra él..., como se podía ver.

Era un buen rey. Lo querían pocos, aunque muchos en el país lo apreciaban. No tenía buen corazón, pero era un corazón de rey. Era de edad avanzada, corpulento, apacible y orgulloso, y había conocido la desgracia de carecer de patria porque había envejecido en el destierro. No se fiaba de los hombres, como todos los desdichados. Amaba la medida, la calma y la paz. Era un solitario que extrañaba a los hombres, como los verdaderos reyes que son extraños y solitarios. Era pobre y viejo, corpulento y pesado, digno, circunspecto y desdichado. Poca gente lo quería en Francia, pero muchos lo apreciaban.

El anciano rey huía de una gran sombra, la sombra del violento emperador Napoleón, que desde hacía veinte días se acercaba a la capital. El emperador proyectaba con anticipación su sombra, y era una sombra poderosa que pesaba sobre su país y casi sobre el mundo entero. Lo conocían de sobra no solo

en su patria sino en todos los lugares de la tierra. Su dignidad era distinta de la de un rey por derecho de sangre. Era la dignidad de la violencia. Se había apoderado de la corona; en lugar de heredarla, la había conquistado. Era de linaje desconocido. Era él quien otorgaba la gloria incluso a sus anónimos antepasados, era quien les transmitía su resplandor, en vez de recibirlo de ellos como los emperadores y los reyes por nacimiento. Así que estaba emparentado tanto con los que no tienen nombre como con los que eran depositarios de viejas dignidades heredadas. Al ensalzarse a sí mismo, ennoblecía, coronaba y ensalzaba a todo el pueblo llano que carecía de nombre, y por eso el pueblo lo quería. Durante mucho tiempo había atemorizado, vencido y tenido a raya a los grandes de este mundo, y por eso los pequeños lo consideraban su vengador y veían en él a su soberano. Lo amaban porque parecía su igual y porque, sin embargo, era más grande que ellos. Les servía de ejemplo y de estímulo.

El mundo entero conocía el nombre del emperador, pero pocos sabían algo de él. Pues, al igual que un rey verdadero, era también un solitario. Era amado y odiado, temido y venerado y, raras veces, conocido tal como era. Solo se le podía odiar, amar, temer, adorar, como si fuera un dios, pero era un hombre.

Él, por su parte, odiaba, amaba, temía y veneraba. Era fuerte y débil, temerario y pusilánime, fiel y traidor, apasionado e indiferente, arrogante y sencillo, orgulloso y humilde, poderoso y mísero, cándido y desconfiado.

Prometía a los hombres libertad y dignidad, pero quien entraba a su servicio perdía la libertad y se entregaba por completo a él. Menospreciaba al pueblo y a los pueblos, pero aspiraba a su favor. Despreciaba las monarquías hereditarias y deseaba la amistad y la

estima de los reyes. Creía en Dios, y tenía poco temor de Él. La muerte le era familiar, pero no quería morir. Despreciaba la vida, y quería disfrutarla. No apreciaba el amor, pero quería poseer a las mujeres. No creía en la fidelidad ni en la amistad, y trataba incansablemente de hacer amigos. Apreciaba poco este mundo, pero quería conquistarlo. Y no se fiaba de los hombres mientras no estuvieran dispuestos a morir por él: por tanto, los convertía en soldados. Para estar seguro de su amor, les enseñaba a obedecerle. Para estar seguro de ellos, tenían que morir. Quiso hacer feliz al mundo, y lo cubrió de desgracia. ¡Además lo amaban por su debilidad! Porque, cuando daba pruebas de debilidad, los hombres lo veían más como un igual y lo querían por sentirse semejantes a él. Y, cuando ponía de manifiesto su fuerza, lo querían justamente por eso: porque no parecía ser uno de ellos. Y quien no lo quería, lo odiaba o lo temía. Era fuerte y voluble, leal y traidor, valiente y temeroso, sublime e insignificante.

Ya estaba ante las puertas de la ciudad de París.

Unos por temor y otros con alegría se despojaron de las divisas y de los distintivos que había impuesto el rey.

El color del rey y de su casa era el blanco. Sus partidarios llevaban lazos blancos en la casaca.

Pero aquella mañana, como por casualidad, cientos de personas habían perdido sus lazadas blancas, que estaban ahora en el fango negro de la calle como mariposas profanadas y olvidadas.

La flor del rey y de su familia era la flor de lis, inaccesible y virginal. Ahora, centenares de flores de tela y seda yacían esparcidas, profanadas, ignoradas, en el fango negro de la calle.

Los colores del emperador que se acercaba eran el azul, el blanco y el rojo: azul como el cielo y la lejanía;

blanco como la nieve y la muerte; rojo como la sangre y la libertad.

De repente se veía en la ciudad a millares de personas con lazos azul-blanco-rojos en las casacas y en los sombreros.

Y en lugar de la casta y orgullosa flor de lis llevaban la más modesta de todas las flores: la violeta.

Es una flor humilde y valiente. Tiene las virtudes del pueblo anónimo. Florece a la sombra de grandes árboles sin que apenas la vea nadie y, con modesta y digna osadía, es la primera flor de la primavera. Y su brillo azul oscuro recuerda la neblina matinal que precede a la salida del sol, y también la del atardecer momentos antes de que caiga la noche. Era la flor del emperador. Le llamaban el «Padre de la violeta».

Esa mañana se veía a gente del pueblo, a miles de habitantes de la periferia de París, que se dirigían hacia el centro de la ciudad, hacia el palacio, todos adornados con violetas. Era la víspera del comienzo de la primavera, un día desapacible de una primavera melancólica. Pero la violeta, la flor más valiente de todas, florecía ya en los bosques, a las puertas de la ciudad. Y era como si el pueblo trajera la primavera llena de vida desde los suburbios a la ciudad de piedra, hasta las puertas del palacio de piedra. Los ramos de violetas recién cortadas dejaban ver su azul en las puntas de los bastones que levantaban los hombres, entre los pechos cálidos y turgentes de las mujeres, en los sombreros y las gorras que se agitaban en el aire, en las manos de obreros y artesanos cuando saludaban, en las espadas de los oficiales, en las trompetas plateadas y en los tambores del antiguo ejército imperial que marchaban a la cabeza de algunos grupos. Hacían resonar en las pieles de becerro los antiguos himnos de combate, hacían girar con alegría, formando remolinos en el aire, los palillos y volvían a

recogerlos, esbeltas avecillas que volvían a casa, en las manos paternalmente abiertas.

A la cabeza de otros grupos, y a veces en medio de ellos, marchaban los trompetas del antiguo ejército, que de cuando en cuando entonaban los himnos de guerra del emperador, los melancólicos y sencillos gritos de muerte y de victoria que hacían recordar a cada soldado su juramento de morir por el emperador y también el último suspiro de la mujer amada antes de abandonarla para morir por él. Entre el gentío aparecían a hombros los antiguos oficiales imperiales. Se balanceaban, como banderas humanas, por encima de las cabezas en continuo movimiento de la multitud. Habían desenvainado sus espadas y en la punta aleteaban los sombreros, como estandartes pequeños y negros, adornados con la escarapela tricolor del emperador y del pueblo francés. Y, de tanto en tanto, como si no lanzaran esos gritos con suficiente frecuencia y siguieran oprimiendo sus corazones, exclamaban: «¡Viva Francia! ¡Viva el emperador! ¡Viva el pueblo! ¡Viva el padre de la violeta! ¡Viva la libertad!». Y una y otra vez: «¡Viva el emperador!».

A veces, en medio de algún grupo, un entusiasta empezaba a cantar los antiguos himnos de los antiguos soldados, de antiguas batallas, las canciones que cuentan cómo se despiden los hombres de la vida, su oración ante la muerte, la confesión del soldado que no tiene tiempo para la última absolución, su amor a la vida y su amor a la muerte, los cánticos en los que resuena el paso de marcha del regimiento y el tableteo de los fusiles. De pronto alguien entonó la Marsellesa. No se oía desde hacía mucho tiempo y miles de personas se unieron a él. Era el himno del pueblo francés. El de la patria y del mundo entero. El del emperador, como la violeta era su flor, como el águila era su ave y como los colores blanco, azul, rojo eran sus

colores. Ennoblecía la victoria y hacía resplandecer incluso las batallas perdidas. En él se unían el triunfo y su hermana la muerte. Expresaba la desesperación y la esperanza. Todo el que tararea a solas la Marsellesa se convierte en el poderoso compañero y amigo de las multitudes para las que es su himno. Y quien la entona junto con otros muchos siente su perpetua soledad, aunque esté rodeado de la multitud. Porque la Marsellesa proclama el triunfo y el fracaso, la comunidad con el mundo y el desamparo de cada individuo, el poder engañoso del hombre y su segura impotencia. Son la vida y la muerte quienes cantan. Es el himno del pueblo de Francia.

Y cantaron la Marsellesa el día en que regresó el emperador Napoleón.